

1890

## Cronicon de Corpus-Cristi

Como en la última semana santa los señores Cura y Coadjutor de la parroquia, determinaron enchusparse y no repartir los cuatro santos venidos de Paris, hubo las mayores afueras para dar comienzo a las funciones. En vista de esto, hubieron en esta vez, los solterones de Pacho y Tomás de Mamar al padrecito Pancho Ma que atravezaba la plaza, cojin cojeando, por no poder sus piernas y aristocráticos pies con el abdomen que él usa, con el fin de hazerle formar la lista de los altareros. En amor y compañía de Amalia - que estaba faxuyendo egarsamente la muda de dril del niño grande de Micaelita Duque - de la mujer de Don Claudino y de los tales camastrones, hicieron unos nombramientos y una lista de lo lindo. La pereza no se la dejó sacar en limpio a Pancho Ma; y, cuando menos se pensó, les salió el padre Gómez, con una pechoa por él, a los trancazos - como todo lo de ese bendito sacerdote - en que desbarató todos los planes de los primeros; pues enyuntó a Antonito Calle para el Patojo, a donde también mandó a Amalia; que tan envele cada estaba con lo que iba a hacer y a acontecer en su esquina; a Doña Marianita Henao, que jamás se vio metida en estas inquandias, y a quien tanto empalazan las cosas de sacristía, aunque es esposa y madre de sacristanes, con excepción del Mono, que parece radical, fue enrolada en la comparama del altar de Slesia; y resultó que Corocito, uno de los principales placeros, no tuvo cabida en ninguna parte.



Es verdad que nadie quedó contento con las cosas de Angelita; pero la resignación vino y las altarísticas juntas se reunieron. El Tomás se enmendó mucho, en esta vez, del último pecado capital. Presumiendo que su nueva vecina, Sara del Sacramento, y D<sup>a</sup> Clara Rosa Estrada, que tanto se civilizó en Rio Negro, serian sus compañeras, abrió operaciones con ellas y con las de su casa, con veinte dias de anticipación, mucho antes que el eclesiástico aquel brotara su enrevesada lista. La sastra Amalia, que ni sospechaba que, en los altos destinos de la Providencia, estaba destinada al Patojo, fue la que más julepe metió para que el peregrino Tomás diera principio a la cosa. Así estimulado, comenzó éste por hacer un palomo de papel, para tener, en caso de pespe, médiis a la mano. Después de mucho rellenar, de echar grandes pepotes de engrudo y cera, quedó el ave, emblema del amor, y ya curiscutaba de puro linda y patente que les pareció a él y Amalia, que trabajó en la obra, como oficiala mayor. Pero cual sería su incomodidad, cuando la niña salió burlandose del pajarito, diciendo que porque estaba embobado de rostro, y porque no se parecía nada al palomito esculapio, que se tomó por modelo.

Como vaca golosa, se descolgó el Tomás a braciarse todo el papel de seda que había en tiendas y casas; hasta el que tenía la Capua para los parches en los ojos, se lo arrancó; a D<sup>a</sup> Matilde Trujillo le sacó un cornudo ovejito que, sobre la cormija del escarpate tenía, envuelto en paños; salió a los ventosillos de las Cardenas y de Chilino, a caga de corosos para hacer uvitás; y, bien a



pertrahado, Mamó a Da Clara, para que lucie-  
ra las maravillas aprendidas en la patria de  
Da Margarita Quijano y del esposo de Dominicana.  
La Da Clara, que se pinta sola para hacer  
esquijas de frutas de café peladas y uvas de chas-  
caranes, fue ayudada de la tía Maria Restre-  
po, criada en abejorralentos triguales. El aseo en  
la elaboración de esos santificados frutos, si no  
fue mucho que digamos: aquello era que las  
babas iban y venian, para poder retorcer y aji-  
lar los papelitos aforadores, esa que indigna-  
ba altamente a la mujer del Doctor Vicente, que  
tuvo que ponerse de carpenera de la primoge-  
nita de Julio, para que la mama ayudara.  
Parecia que al Tomás le hubiese acometido  
una algaritis aguda: él sacó el diseño en el  
siego suarto de Rancho Ma, él en la botica  
del doctorcito Ramirez, él en la celda de  
anacoreta Macia. Tal sería la cosa que el  
Sr. Fiscal, decía: "Ya Marcos Aurelio, ese  
muchacho onis, que es tan endiantrado, tie-  
ne el altar de Tomasito, retratado y clava-  
do en la pared"

No contento Pachó con toda la jente que  
le echaron, en reemplazo de la ausente Carme-  
la, se trajo del Patójo - con esa labia que tie-  
ne para lograr - a la florista Feresa Monsal-  
ve; y, sacando consecuencias de acontecimien-  
tos futuros, se trajo también a Amelia More-  
no, Dulcinea de su compaero Pachó Aristiza-  
bal. Florita, en persona, trajo la muchacha.  
"Ahí les traigo a Amelia para que les ayude;  
pero eso sí, es para que Ud., Francisco, nos a-  
yude a nosotros", dijo aquella al entregar su  
niña. "Ah Ud., mi amita de mi vida", replicó  
el desortez camastrón, "nada da de valde: siem-  
pre logrera". Tanto le dotó a ella aquello



que castiga al Pacho, recordándosele cada vez que lo ve.

Conscada por éste, se instaló la Junta de obreras, en la clásica sala de las muchachas Rendones, acomodándose en la legendaria Terina, en una destendida cama, en los tercios de harina de la Chorrera.

Como brotan en los campos de San Cristóbal, así brotaban las azucenas - flor de que Pacho se antojó - de las creadoras manos de Fereza y Amelia. Emiliana, su cuñada Santos y la Nata (a) Misia Paulina, trabajaban cortando la materia prima. Sólo Doña Matilde Trujillo, no dió bola en nada, y fue mandada a hacer engrudo; y muy contenta que salió a cumplir su cometido; porque su hijo el roquetón grande era el que supeditaba.

Santecos, la tía de Marco Aurelio el endiablado, preguntaba apremiosamente por el diseño del altar; y flacho que todo lo enleeca de memoria; pues no sabe ni pintar un aguacate, decía: "No se apure, Santecos, no se apure... allá verá la inormia."

Allá en Enrigado, tierra del fecundante amor, y de la poesía campesine, patria de historidores y de sabios, nació una mujer, celebre por el talento, y por la belleza, y por la gracia. Trosomia y Salamina, cuentan al viajero, y conservan en sus crónicas, que en su seno abrigaron ese prodigio femenino. Otras ciudades guardan, como timbre de gloria, el recuerdo de su pass. Sólo San Vicente, emporio de operas y de gumes, jamás supo del tesoro que por tanto tiempo poseyo. A Sto. Domingo vino hará cosa de diez y nueve años. Contemporanea del



Juzgado del Eto., era el alma de las fiestas y bureos que entonces se celebraron. Por acontecimientos de familia hubo de ~~volver~~ al suelo patris, de donde regresó a éste no há muchos tiempos. Muy pocos supimos su llegada porque se confirió con gran apartamiento social, allá en su modesta casita de la calle de Cordova. Piadosina como es y prendo el entusiasmo por el gran acontecimiento religioso que se esperaba, compareció en el salón de las Mendones, a estar a derecho en la fiesta. Con profunda satisfacción vimos entonces sus amigos que Pastorita es artículo que está siempre en boca; algo como el Fénix de la Fábula. Enriquez Ramos Ramirez, que de niño arrojó más de una vez, que no pocas la empujó las faldas de vaporosa muselina, se quemó ahora en el juego de aquellas ojos, que el tiempo no apaga, como la mariposa en la llama. Juntos trabajaron con el engrudo, con la tijera, con el bejudo; él como recluta a perdido con los fogonazos de la pistora, ella batiendo el cobre denodadamente. Si Ninona, ya octogenaria, enamoró a su nieto, Pastorita más poderosa e irresistible que la dama de la corte de Luis XIII., enamora a todos el que la trata, con ese "Ah, mi linda" "Si, querida" y con aquella sonrisa, eterna como la primavera de los trópicos, que deja ver sus dientes de proclama de verdad. "Como la historia griega es Pastorita; mientras más antigua más nueva e interesante", ha dicho uno de sus apasionados

Pacho, como quien ha gustado los gozos celestes, y no se satisface con los de aquí a



bajo, Moraba allá en el santuario de su alma,  
la ausencia de Carmela. En silencio devo-  
raba la pena; No estar aquí esa ilustre se-  
ca leche, complemento de su genio artístico, pa-  
ra eso de inormias e insenciones del colteris-  
mo devoto! Ah dolor! Y no tener el pobre  
ni siquiera el consuelo del lamento. Mas Da  
Paulina, cavilosa como su tío D. Pedro Ren-  
dón (q. d. D. g), solía el tío y muy  
brava que se puso; porque eso era tener-  
las a ellas y a sus compañeras por muy pe-  
ca cosa en eso de habilidades de manos,  
sobre todo a ella, que de moza hizo un  
dechado de flores de relieve y de borda-  
duras de hilo de oro, que le costó a D. Je-  
sus veinticinco pesos emboyados; a ella que  
bordó una palia con custodia, que tenía  
pidris y hostias y que costó una onza. Todos es-  
tos dineros fueron como echados al río; por-  
que la tal Da Paulina salió mas atrazada  
y chambona, que sus actuales compañeras,  
que solo alcanzaron ~~a~~ dechados de anjes con  
abecedarios y perritos de hilo colorado, ni  
tan siquiera llegaron al pavo real armado  
que bordó Susanita Ruiz.

No será malo contar, a manera de juven-  
tesis, a las señoras devotas, que andan  
a caza de abogados, un caso sucedido  
en esos días de embrollos altáristicos; y  
fue que inopinadamente se atraviesa la  
plaza un caballo desbocado, sin puer-  
te; botando lejos montura y horbios, el  
cuál bebiéndose los vientos vino a re-  
quintar a tienda del segundo niño de  
Da Elvira Estrada y le pisó una pata.  
Unas señoras muy gordas, que andaban  
por ahí, al ver aquello, exclaman con es-



49

punto de invocación: ¡Pola! ¡Pola! ...; San Ramón! ¡Polita! Todos sabemos que Pola, fuera de su humanitaria profesión - es milagrosa, en lo de remonte y regeneración de ropa vieja. Díganlo sino la sotana de Pancho Ma. los campanudos pantalones de Teodosio, las estufas del maestro Vélez. Pero muchos ignorábamos que fuera abogada de los caballos desbocados. Entre sus muchos privilegios será este, sin duda, el más brillante timbre de su gloriosa vida. Que mi Dios se la conceda larga a la milagrosa Poliarpa dominicana.

Tanto se habló de azucenas, al ver como salían estas de las manos de las floristas de maraca, que a alguna muchacha se ocurrió preguntar - ¿miren qué cosas! - ¿qué a mil del pueblo le florecerá la vara; entonces otra (un poco más escéptica que la preguntona) dijo que al Alcaide y al juez del Cto. al cual replicó una joven esposa y madre: "Si, pienso de la janta del cañón: si ninguno no le florece, niña, a ninguno! lo sean todos". Sentimos no estar de acuerdo con esta señora - que debe tener mucha experiencia en esto de conocer a la madurana joven - pero en el caso dado, es de hacer notar que el juez tiene en el estorneco mango de su vara unas flores, que sirven son las emblemáticas de que se tratan, lo mismo da, en siendo blancas. Del Alcaide, diremos, que aunque anciano trisuelo, tiene un parecido a San José, tan pronunciado, que no será cosa del otro mundo, si un día de estos, le amanece la alcaldía, en vara, convertida en ramo de las



flores esas. Luego puede haber excepciones.

Por entusiastas instancias de Marianita Alvar, se logró que Florita, que nada le gusta en sabear, convocara junta. Y ella asistieron Pacho Aristizabal, Ricardo, el doctor de la Clara, y demás socios, <sup>menos</sup> menos de Carmelita, que pidió a Angel Ma. no la nombrase para nada, el cual tuvo que dar de ella, en vista del tormento que esa tra. sufrió ahora un año, y la excusó.

En la junta dicha se exhibieron los registros de libros devotos, por docenas, a fin de topár modelos e inspiración. Hasta el que su señoría Bernardo le regaló a Rita, en memoria de un retiro espiritual, salió de candidato. Recayo ~~la~~ elección, después de mucho discutir y por mayoría de votos, en uno con falso nombre - bicho que hace furor - chupándole la merida a un corazón, entre una rueda flores.

Enemiga de las dictaduras, toma la palabra Florita, y con su manera característica, dice: "Pero no debemos contentarnos con esto: emitir cada cual la idea que tenga, para que después no se quejan." El plebescito que la oía en silencio, contestó, como en recitación de escuela: "No, Señora, ese está muy bueno." Un caviloso dijo a esto: "El Dr. Ramirez también es del altar y no está aquí" - "No, contesta Florita en su de defensa y abriendo tamaños ojos, él ofreció su persona y sus servicios."

Ya que de servicios hablamos es de con signar aquí, que Sr. Marianita Henao, no quiso aceptar los que Pacho, le ofreció galantemente, y dijo a ~~anunciación~~ su rubia



compañera: "Yo no entiendo jota en astraques de altares, no sé sino torcer me mis bobos; ni tampoco le ofrezco servicios porque no tengo, ni los he usado...; etc. etc."

Fera o' no' verdad lo de los servicios; pero lo de no entender en cosas altavísticas, mucha mentira que es; porque el tendido y cubrección de las mesas, en forma de media luna, que tanto efecto produjo en el gracioso y lindo altar, que se hizo en la splendor, fue invención de la Marianita en persona. Mi Dios le bendiga las manos y los trabajos que ellas saben.

---

Por temor de lanzar a Colombia en un conflicto con el Imperio Alemán, quisieramos no mentar al maestro Luis Vélez; pero descompuso en esta vez, tan importante papel, que muy a nuestro pesar, tiene de salir a la palestra. Además a él le choca mucho que lo metan en hablillas; pues, según se presume cantinela, no le gusta murmurar de nadie. Le heredó de pila a su padrino el Dr. Pedro Antonio Restrepo, que no saca tira, sino que antes pone.

Como si el domine Vélez y Sanito se hubieran pactado, se salaron desde el principio anterior a la fiesta, este la suana azul impermeable, el apriadino sombrero, de las medias y flamantes alpargatas, todo estrenado; aquel la muda con que se celebró la segunda matrimonial, el 11 de junio de 1877. Sanito, siguiendo a las ancas, esta todavía ornamentado, y lo estará por muchos años - si Dios se los da; más metódico y guardoso el subdito alemán, se quitó el jueves por la noche el histórico vestido; mas no se



crea que fui para volver al caso de granja  
bundo que le hizo. Fomasito hace 4 años y  
que le volví solo, no, fui para vivir uno  
nuevo muy serio y queredito, como dice Pan-  
cho M<sup>a</sup>, que compró en la sustancia de Crispin  
en Medellín, ahora que fui a semana santa.  
Aunque a hús la cosa mucho andar en  
te las faldas de miedo de embobarse, según  
el dice, hizo el sacrificio de trabajar en com-  
pañía de Mercedes Heronjo, que es candil  
de la calle; pero siempre convenientemente  
separado de ella y con profundo respeto.

Era de ver al hermano este encostando per-  
las, como Dulinea, y haciendo haciendo  
de acobionados de raso, como una mo-  
dista. Ni Hercules, metido entre sus da-  
mas, hilando sus algones, pudo estar más  
guiso que el atizado de Sr. Pedro A.

La Tal Mercedes, estuvo por esos lados  
muy acomodada. Lo que fui por los de su  
casa y esquina sino es cosa: lo que hizo fui  
disertar sobre la historia persa y egip-  
cia, en compañía de Antón José Duque,  
engolfados ambos en tan fecundo tema,  
y echando unas apreciaciones y párrafos,  
que hacían abrir la boca a Sr. Clara que  
embobada los escuchaba. No disertaron en  
valde; pues está su casa, que ignoraba de  
donde había sido su abuela, aprendió en  
las conferencias esas que Jorpes y está  
Jorpes fueron muy materialistas y lusa-  
pleitos y que en el Egipto son muy  
medrosas las escencias de la santa casa.

Con el mayor sigilo me acerqué Me-  
rianita a llevar una palomita a la vi-  
lla, para dar sorpresa en su altar. Es-  
taba que no se cubía de gusto esperar.



Tota: parecía con faja de guiso guardado. Al fin apareció José de Jesús con el símbolo animal. Mariamita temblorosa por la emoción abre la caja, y al ver el ave, atroya un gemido y se cubre los ojos con las manos. "¿Qué es esto, Dios mío! exclama, que es esto!"; y así fue que tenía razón para tales extremos de angustia: la paloma aquella tan desecada, salida de las manos de Doña Micaela Sierra, no es paloma ni es nada: era parece una ratita mojada, era una chueca furiosa, si se la mira de un modo un curucutú, si de otro con furo ya difunto. "Que se cumpla tu voluntad Dios mío!" dice al fin Mariamita, tirando así en rinesón el baguño animal. Maria, que entró entonces, al ver aquello, se atterra, y emperrada corre a refugiarse en el regazo de su madre, gritando "El chuchito, el chuchito!"

Para consuelo de Mariamita salió del palomar que aquí tenemos - una palomona que quedó tan perfecta porque otro palomero piujano le ayudó a poner las alas.

Hortencia y Amalia; esto es la gordina y la llaurada, que viven como el muiñodrigo - la misma - lo excusan U. U. C. se han declarado la guerra. Ni por vías de hecho ni por palabras han luchado; porque eso es cosa de negros, y ellas son niñas de gran recato y que han cursado todas las materias, y que saben mucho Felinaco; pero eso sí: con los ojos sostienen unas cargas aterradoras. En el calljón que divide sus respectivas casas, ha habido más de una patalla, silenciosas como dicen que fue la



de fumín. Hortencia desde la puerta y Amelia desde la ventana se despiden metralla que hace espantosa carnicería en los microscópicos animales que pululan en ese paludioso callejón.

Las Rendones hicieron matilla de leche a la según Donitila. Pacto ofreció un plato a aquellas dos inconvertibles enemigas, a condición de que se lo comieran, basado la una y bocado la otra, con una misma cuchara, jurando que así podría hacerles firmar un tratado de paz. Ellas aceptaron; pero cuando se fue a comprar el medio de matilla, ya se había agotado la de la venta; sin embargo Donitila lo cedió del del gasto, por ser para cosa de reconciliación y la malmandada Julia, animada de caridad, fue a traerlo hasta la cocina. Al pasar le prestó Santreos Aristizabal un pedacito, y la Julia, que hace todo lo que se, le pidió también. Al ver el plato disgustado dijeron las peleadas que así no lo querían, se volcieron las espaldas y siguieron su tarea. Cuando Ana Julia Córdoba que las mosqueas hacían de las suyas en el apetito no marjar, dijo: Pues, mis queridas, si U.U. no quieren, nosotros sí, y ayudadas por mi tía Paulina y otras, se lanzaron sobre el plato como perros sobre mortecina. Entonces Hortencia y Amelia, como moridas por un resorte, se dispararon miradas como balas de cañón, y acometen el disputado plato, sacan lo que pueden, comen y siguen estando papelitós, como si no. . . . Estas dos criaturas son inconvertibles como Francia y Alemania: el pobre Pacto perdió su medio. Julia tan si



74

quiera se pegó de un bocado, por el man-  
dado.

---

La madre de Roberto Moreno, no hacía en los convites sino quejarse de las trame-  
bres y fatigas que allí pasaba, y poner fe-  
ro á todo lo que las demás hacian. Una  
noche cuando todos estaban en lo mas a-  
jurado del trabajo, propuso que se hi-  
ciera vaca para comprar tamales. La idea  
agradó; pero Pacho quiso ser el ternero y la  
vaca aquella no lo consintió, por lo cual  
hubo de no criarse la vaca. Tan proce-  
pada andaba la esbelta dama en los  
asuntos gastronómicos, que, al ver el li-  
bro de los siete sellos del Apocalipsis,  
que <sup>fué</sup> lo único que le heccho para el al-  
tar, que le juró bien, dijo: "El libro si  
me gusta; sean los sellos: parecen de ma-  
sa! - Fue su unico testimonio de admira-  
cion.

Da Emiliana Gomez que atraviesa ahora  
la edad poetica de la mujer; que quiere  
atribuirle á la negra Cumita de Santiago  
el tan usado refran de "Metez la Gomez, que  
miente" que, como desviacion, se diga: "Metez  
la Urbe" (cosa que no conseguirá, apesar  
de velarico zorrimo); que, como Coroso, no  
se le dió cabida en ningun altar, aque-  
do mucho, no obstante la falta de omens-  
ria de etzel alla, en los convites en ca-  
sa de las Rendones. Pero como hai padeci-  
do tanto de la cabeza, es como aquél, muy  
desmemoriada; siempre olvidada. Mevan las  
pinceas de plata con que chupa su cigarro  
No, y eso que las trajo de la villa con  
el exclusivo objeto de meterlas la Gomez,



que no "la Uribe", como ella quiere. Como es más probable que el padre Benito, se lamentaba amargamente de que sus manitas se le iban a manchar con el ambal del cigarrillo; se quejaba de que no tenían demasiado cuidado con el papel, y que todo iba a quedar hecho en corte; pues a un lado la tasa de la Capia, llena de agua; y cada pedacito de engrudo - que ella verificaba con la delicadeza de una oriental que teje un chal - se echaba un laboratorio. - Cuando, después de tanto desgarro por el poco uso, vio al fin terminada la blanca obra, declaró que, si al punto volvía a inventar altars de papel, mandaba levantar una horca para colgarlo. - Oiga, pues, compradre Pedro.

Pedro el Velasquez, impresionado por todas las obras artísticas que vio en esa Roma antiguena, que se llama Parigado, hizo para el altar de Mariquita y Florita, un sitial, nunca visto en el dominicano suelo. Era un tronco - de corteza de roble, murgoso y carcomido - por el tiempo, con un impeto de transparentes alar adherido a una de sus grietas; algo como girnalde de flores naturales y que tejó la facultativa mano del D. Ramirez, lo coronaba. No era más. Pero esas engañosas son las aparencias. Aquel tronco, no bien llegó Pancho el<sup>a</sup> con la custodia, se mueve y se va abriendo, como el árbol del viento, dejando ver su rosada entraña de tafetán bordado de perlas y recamado de oro. Todos nos quedamos biceps y abriendo aquella boca. Solo Pastorita tembló, porque alguno no vio el tronco mágico, anticista de



8

llegar la procesión, y vio enalagrada la esposa,  
sa, más cuando pensaba en si se desmayaba,  
ba, entre el grito o gritaba y volvió sus atre-  
vados ojos hacia el sitial, los elevó al  
cielo porque vio que la maravilla si se  
verificaba. Todos felicitaron a Pedro Antonio  
y a su cara mitad y a todos los socios por  
la abresón aquella. Al Dr. Ramirez, sus no  
le tributaron muchos elogios por la corona,  
pues nunca les pareció bien bonita. El  
Maestro Luis Velez si estoronda aun incienso,  
pues él con sus propias manos le ayudó  
a la tía de Tomás, a trabajar el buque  
misterioso del tronco. ¡Tari quería él que  
no se su cara en esta crónica!

"Este año sí, mi amito de mi vida, dice  
Pacho a Macias, que en Andes no vio cosa  
parecida, están estos altares que son la in-  
dia en cueros." Macias, el juez enamo-  
rado, levantando la procesión para, contes-  
ta al estilo de aquí: "Al tanto habrá  
cosa mejor, mi amo de mi vida".

Como para confirmar lo dicho por el  
Juez, dijo el anciano Alcalde, viendo  
el altar de Tomás, con el aire de quien  
expresa una verdad de a puño: "Esto es  
muy aristocrático. Que hermoso! No los ha-  
ber así en Guarne." "Piss! ni aun en Me-  
dellin; <sup>replicó Leoncio</sup> No es cierto que allí son muy  
feos Da Ana Julia L. - Esta hija de la villa,  
que se hallaba cerca replicas, enrojan-  
do la cara y tirando de la mantilla, en  
el colmo de la risa: "Yo no sé, Dr. Leoncio, yo  
no los he visto." "Ave María purísima! excla-  
ma este hay que darle medalla a los al-  
tarcos." "Caramba," agrega Dr. Juan Bautista  
Callejas sentenciosamente. No dejaron nada



pa di aquei un año: todo lo echaron ahora".

Pacho Aristizabal y Ricardo Olano unan los contrastes. Aquel, cuyas maneras indican altivez y soberbia tiene por bello ideal algo de la laya de Dulcinea. Este tan dubzarrón y sonreído acaricia imágenes un tanto maritorniles. Ambos, con sus medios maneras respectivas, trabajaron con ahínco, y pelaron la pava, que no se diga.

Julia, la Tione y Luisa Moreno tuvieron un encuentro de pica. Haciendo hablar de su blancura, dice Luisa a su contendora, queriéndosela bazar con su agua los ojos: "A mí no me gusta, Julia, que me nombren con negras, para nada." Pero Julia, que se siente tan blanca por dentro la desprecia.

Los altares de Pacho y Tomás eran blancos, como Luisa por fuera, como Julia por dentro. Aunque imitaban marmol de Carrara - según decía. Meno de entusiasmos, Peblito Ramírez, eran frágiles como el papel de que fueron hechos. En lo mejor del cuento, cuando Pacho, a manera del genio florentino, se extasiaba admirando la artística obra concebida y en parte ejecutada por el mundo desde la ventana de las Rendones se embelascaba, una rajaza de viento desmitó cruz, caliz, rosario, los cuales se usaron por delante el sitial y la media luna; el pasmo de blancas uvas que estaba crucificado, por paves de manija al Sr. Ramírez que se acercaba; el haz de espigas, que llevaba el caliz en la cintura, voló hasta media plaza. Toda la inmensa fabrica de marmol bambolea,



9

como si impulsos de un terremoto. Un grito agudo retinó en todos los ámbitos, llevándose el espanto a los corazones: era la mujer de Dr. Claudio que desde el balcón de su casa presenciaba la catástrofe. Atterrida grita: "Amalia! Amalia! corre y vé!"... se le cayó el altar a Pachó", y desgreñada, gábilada, corrió por los corredores - "No me diga, por Dios, replica Amalia, que estaba aplanchando el fluy del cachaco de Dr. Everisto, eso es imposible!" Emilianita, víctima de un soporcio, cae contra la ventana de las Bendones; Santitas, la Capria y Matilde Ceballos, hacen huir al gato de Rosa, y alborotan la lora de Fello, con espantosos alaridos; Pachó es atacado de epilepsia encajada. Vicente, Palomito, Tomás, Isaac corren, alzan los restos del altar, diseminados aquí y allá. Ricardo Monsalve y Pablo Jons acuden. Amadorcito Mega, más blando que el altar. Quien lava, quien amala. Doloretas, única memoria que tuvo sangre fría, pone, con caritativa mano, vendas de papel a cada herida; y pronto el altar completamente sano, y mejor clavado, que lo estaba, volvió a ostentar sus significativas enseñanzas. Sólo al rosario le quedaron faltando tres ave marías y un paternoster. Era para morir de angustia, ver a Sta. Matilde andar de aquí para allí, como una dolorosa de dientes de oro, llevándose en sus manos regias los fragmentos de la santa señal, y preguntando si sería pecado mortal poner el rosario incompleto. A ello hubo de resignarse; pero como se vera seca leche no se le tra pasados el escrupulo, y eso que Amadorcito y la Capria - a cual mas te



meroso de mi Dios, la consolaban, diciéndole, que no siendo para rezar, que le hacía que estuviera escaso; pero que siempre era bueno consultar.

Para Pacho volver del ataque nervioso, tuvo el Dr. Ramirez que darle valerianato en engrudo; y Emiliama de terror del remedio volvió en sí, sin auxilio alguno.

La paiteira de Tomás, por lo lindo que le quedó el altar, fue tanta, que no le valió agua de apio, fue menester lo mitivo, que afortunadamente, produjo buen resultado. Estivalia y Doctor Restrepo, que no fueron medicados, están todavía regoldando mármoles.

Obdulia y la Cariblanca por tristes y enfermas no salieron a la plaza el jueves; sólo mañana Teresa asistió a la fiesta.

Pasada ésta y sofocada por el sol, llega a la casa y desde la puerta, blanquea los ojos, arrosea las narices, y grita: "¿Cómo se la boca mis hijas: desde los tiempos de la difunta Isabel Nao y de mano Gregorio, no había visto nada tan precioso! Vengo bobo! Virgen si hay que ver en esa plaza! Mira, Odulia: allá arriba, en la esquina de mano Pacho, echaron un navio, igualito al que nos pintó Vargas en la lotería en agua de verda: con pescaditos mastando! A un lado la torrecita de Santa Bárbara, de las cosas más lindas! - El altar de mano Jesús es una cosa tan particular que eso no se sabe si es de losa ó marmol: con unas estuvas enrecladas con flores; Ese Pacho si es el albondigón que saca cosas! Virgen del Carmen! Que se parece Cariblanca: un tejajo de rosario con cuentas como tambores de hilo extendido en un



librón como una mesa blanca, blanco todo aquello. El altar de Mercedes es como una tona y pualla' en el cocorote una paloma alibierta, que casi quevota una tona tan grande como los platos que nos mandó mi querido Abel. Un obejo escrito en su cruz; tan querido! y unas cosas hay colgadas en unas ruedas que parecen rosas de pan de trigo.... todo tan raro mis queridas!

¡Pero el altar que hizo el hijo de Lasso si es el que tiene que ver: Un angel, tan lindo, tan fanfarrón el representado! agarras de una cosa.... haci de cuenta el boliche que hizo Juan Benis; pero muy lindo, con unas singleras de flor de mano y en la mitad el corazón de Jesús chorriando sangre, y en el aire, temble, quejando en una telaraña dilo dioro-abejito un tronco... hay lo más feo.... cuando, mis queridas, va llegando el cura y hay entulumas sin saber onde colgar, y cuando menos se piensa, aquellos tan feo se abre de pan en pan; Virgen que esas tan preciosas! perlas, cadenas, flecos de oro, rosas- aquellos como una guayaba verdadera; mis mamente en sagrario: muchos más lindo que el de aquí; más que el de Jorico! Pú! Pero lo que más me encantó fue una palomita alietando en un pedo de la capa al corazón, como un tominejo; y que les parece que ese carnatañdrea de Pedro Antonio fue el que idió todo. Agotada la narradora, de este tirón, pidió su pulcritilla de chocolate.

Porqué hablan de un patojito y de un santo? preguntaron los forasteros y algunos



compañeros. Probo que tal vez, se encara, se  
cuadra en sus arquetadas pieernas, se cala los  
anteojos, y escupiendo grueso, dice: "Cómo; no  
saben U.U. qui' es eso del Patojo? Pues oigan  
(Escupió, tocó y habló así:

"Erase un altar encantado, encantado co-  
mo el principio aquel de "La Bella y la  
Fiera". No se sabe que genio maligno lo  
convirtió en masa morrero patojo. En valde el  
padre Gómez luchó por romper el maldi-  
to influjo; en valde mi tía Amalita, no-  
há muchos años, con las marullas de Pe-  
dro Bimales, entró en batalla; en valde don  
Julio Fernandez, Baco de los tiempos mo-  
dernos, - pero no para sostener - Elisa, mi  
cuñada, Eladio Ramirez, que se alzó con el  
saliz, y Doña Ana Julia Cordova, pelcaron  
tambien con el maligno hado." Gran sen-  
sacion en el auditorio. El orador se levan-  
ta los anteojos, se enjuga el sudor, escupe  
y continúa: "Ni la sabavera del Dr. Nos-  
trejo, ni el aguilucho del señorito Ruiz,  
ni el barbudo brujo, fueron capaces de  
vencer; Ni aun un libro muy malo que  
se llama los "siete tratadas" - en que el  
brujo aquel meditaba en la muerte!"

"Todo el que es nombrado para ese al-  
tar Mora de desconsuelo; yo estoy ciego de de-  
ramar lagrimas, y Angelina, mi esposa,  
se ve palida del terror". Espanto en el pu-  
blico.

"Entre los llamados ahora si entran en em-  
pada figuran Dr. Enrique Monsalve y Carlos  
Arango". El orador escupe y sigue - "Estos dos  
candillos emprenden de luego a luego la tie-  
menda lucha. Carlos, inspirado, recuerda  
que, allá en la vecina Caracha, en un gar-



so de la casa de padre, yace encallada una nave. Se da una palmada en la frente y manda que se traiga á cualquier precio. Don Enrique, otro que tal, siente suspirar, allá en el fondo de su imaginación una águila soberbia. "Venceremos!", dicen los dos héroes, con estas armas: la nave señora de las aguas, el águila soberana del espacio. Otra vez el orador escupe, se baja los anteojos y prosigue así: "Para que la banca obre, es necesario mar! Y Carlos, nuevo creador, grita: "Que se haga el mar!" Pero, mis queridos, mar!, aquí donde vamos á morir como gorgojos replican casi llorando mi mujer y mis suñadas. Julia, animada del espíritu creador de su esposo, dice con los ojos chispeantes: "Que venga Tomás". Este aparece como evocado por un conjuro - "Que se pinten sabanas, como los paisajes de los taburetes de Mercedes: agua no es precisa", declara Tomás. (Larga pausa) Las camaras se destienden; y, como cosa diabólica, Elisa, Angelina, Raquel pintan olas y más olas. Aquilar, el hermano de la maestra, mezcla todo el azul y verde que topra en su colección de tintas. Isaac, que acaba de llegar á la costa atlántica, es llamado. Todos traen. Isaac al ver suspirar bajo su brocha las nuevas ondas, exclama: "Mar! Mar! Pero mar! Extraordinario!", con el mismo entusiasmo con que gritó: "Tierra", en tal Triana, el primero que visó el nuevo mundo - según me ha contado Pachó el onis, que está tan adelantado. Las camaras pintadas sabanas al pratis, las tienden en unas puntudas canastas de alambre, las riegan encarnonado algodón, que surge espumas, y, encantadas, se retiran al



corredor a admirar el efecto: ¡ El mar estaba  
patente en el patio! ( Fatigado el orador, se  
quitó la enjugada y la escupida) Bocas de ale-  
gría quieren concluir de una vez. Clarisa  
es llamada. En un dos por tres 16. sa-  
panas se transforman en un turcoso pie-  
lazo. Pero; ¡ oh poder del maléfico genio!  
Aquello se cae. Al día siguiente la en-  
fusiasta Elisa madruga a recibir la  
brisa de aquel mar, obra de sus manos.  
Al verlo grita espantada, poniéndose las  
manos en la cabeza: " ¡ Que esto mi  
queridas! Corran y verán: no hay tal  
mar! : todo se ha vuelto enlebras,  
escupetas, lirios; Esto es una luteria!  
En estas llega Florita, y, agrieta de su  
indulgencia para con el projimo, se des-  
ternilla de risa al ver aquellos pintura-  
jos. Principian entonces los lamentos, más  
por las sabanas de Rafaela y Garamello,  
cuál por el peso que costaron los co-  
lores. Carlos, que está ausente, lo ignoraba  
todo. Mepa y se altera como los otros.  
Todos acusan y son acusados. ¡ ai maldicen  
a Fernán que los metió en aquella in-  
genuidad; ya a Isaac, que no supo  
retratar el mar, habiéndolo visto; ya  
a la pobre Clarisa y al pintor Aguirre.  
El desaliento puede: se esre imposible  
vencer al maldito encantador." ( El or-  
ador toma aliento, y sigue ) " Entonces  
se vio lo que no he leído yo ni en  
la Historia sagrada, ni en el Alma-  
cen de los niños y el libro de los doce  
pares de Francés. Enrique Antonio, el much-  
acho que <sup>me</sup> sube ~~en~~ Santodomingo, me ha  
contado que un rey muy querido hizo un



zotar el mar. Pues bien: Carlos, ya co-  
 mo alacado por la inspiración, manda  
 con voz de trueno, al afligido concurso:  
 "¡Vive se lave ese mar! Como hormi-  
 gas armadas de tarros, calabazos, plato-  
 nes, comen las mas delicadas damas y  
 los viris finos sustractos, manga abajo,  
 a la quebrada, a traer el liquido, ele-  
 mento para lavar el elemento grande. Ha-  
 vado aquello, en la casa - porque un fuer-  
 te aguacero de ese dia no permitio la la-  
 vada en la quebrada - se expone al vien-  
 to. Como cosa de milagro las olas apare-  
 cen en las ribanas. Vuelve el aliento, re-  
 nace la esperanza. En el dia de hoy debe  
 decidirse la batalla. Si el patojito ha  
 sido desencantado, si el malvado genio  
 ha roltiado cola, quedemos por lo P.H. si  
 tienen ojos."

Dijo el orador, y, tosando estrepitosa-  
 mente, se pego una palomada por donde  
 se cuenta.

Si, el desencanto esta a la vista: her-  
 moso principio reemplaza al patojo de to-  
 dos los años...

Vese ahora en ese lugar tentado, alta  
 puntiaga roca, agotada por las enves-  
 tadas olas de aquel mar artificial; la  
 are dorada ~~dorada~~ de purpurea vela  
 mal el labaro de Constantino - y <sup>una</sup> la ban-  
 dera del papa, flota orgullosa, remada  
 por alado rapaz; el faro, ennegrecido por  
 la ola, muestra los escillos al disminu-  
 to marino, conchas con los colores del pris-  
 ma, dispresas en humedo arenal reflejan  
 los rayos solares. El esquila, habitador de  
 las alturas, se posa en la cúspide de



La pica, Mercurio en el pie, mucha faja  
de papel que dice: "La Iglesia es la ma-  
ra de salvación en el mar proceloso de la  
vida". Alquel juicio, hecho por la  
mano del hombre, impune por la ma-  
jestad del conjunto y por la presencia y  
belleza de los detalles. Por último y  
tan elocuentemente simbólica, con serena  
y enternecida.

Todo el mundo, cual más, cual  
menos, se encuentra, y es fama que los  
más curros vienen levantarse una sombra,  
que, haciendo horribles contorciones, se  
suplica: "Es el maldito encantador,  
cien, que es apoyado por don Enrique y  
Carlos, por ministros de un género bueno que  
salvo del buche de aquella". Es la na-  
da que me ha presentado la Iglesia, sal-  
vadora, en el mar, y por último, el  
vino que también salvo al altar de la es-  
quema de don Barrabás, de ese encan-  
tamiento que fue impotente de corrip-  
er todo lo ensayado hasta aquí; ¡Mil  
veces benditos los Carlos, los Enrique,  
las Julias, las Elisas! ¡Mil veces ben-  
ditos! Amen.